

Los Presidentes,

De Julio Scherer

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Granados Chapa.

Esta semana empezó a circular un libro que seguramente se convertirá en un best seller. Se trata de *Los presidentes*, escrito por don Julio Scherer, el gran periodista que dirige *Proceso*. Ya tuvimos, la semana pasada, dos anticipos en la *La Jornada*, que permitieron advertir que la obra será de gran interés, y contribuirá al conocimiento de episodios importantes en la vida pública mexicana, especialmente en lo que concierne a la relación entre la prensa y el poder presidencial, pues contiene semblanzas de los presidentes a quienes ha tratado don Julio.

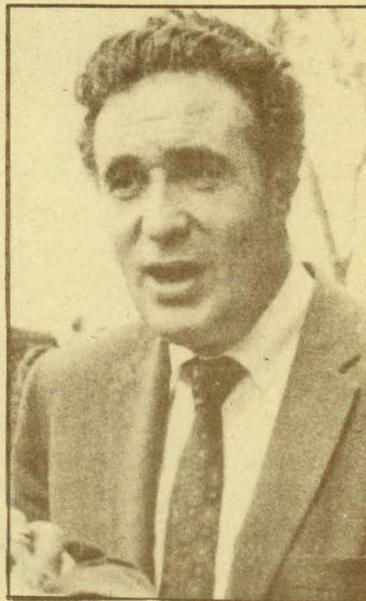
Elegido director general de *Excélsior* a fines de agosto de 1968, Scherer se encargó del diario a la mitad del conflicto que ese año alcanzaría su peor momento el 2 de octubre siguiente. Es probable que don Julio,

como gran reportero que había sido, y luego como subdirector editorial de aquel periódico, se hubiera encontrado con los presidentes Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordaz. Por lo menos, tuvo de los dos primeros noticia directa por medio de antiguos colaboradores o amigos de ambos a los que entrevistó. Suele recordarse, en los círculos políticos, la expresión, mezcla de queja y reproche admirativo, de don Gilberto Flores Muñoz, quien al relatar los pormenores de la sucesión presidencial en que don Adolfo ungió a su tocayo, concluía diciendo: "¡Nos engañó con la verdad!".

Pero cuando ascendió a la dirección del diario al que había ingresado veinte años atrás, don Julio empezó a tener vinculación directa con los presidentes, como corresponde a un periodista de su rango. Por la hora aciaga en que empezó su actuación como responsable de la mayor cooperativa periodística de México, y por el carácter del Presidente, su trato con Díaz Ordaz estuvo marcado por la actitud. Se ha relatado ya que el primer encuentro entre ambos, que forzosamente tuvo como tema central el enfrentamiento del gobierno con los estudiantes, concluyó abruptamente, cuando Díaz Ordaz preguntó a don Julio hasta cuándo *Excélsior* dejaría de traicionar a México. Lo que el Presidente juzgaba traición era simplemente el primer, tímido acercamiento de aquel diario a una nueva manera de informar, sin atenerse exclusivamente a los boletines oficiales. No era una lucha sencilla la que emprendía ese periódico. Internamente había colusión de elementos de la más variada índole, que iban desde la cautela medrosa hasta la complicidad comprada por el gobierno, que preferían mantener al diario en el conservadurismo que había sido su marca en las dos décadas anteriores.

Si bien *Excélsior* tuvo la prudencia de no suponer que podría jugar un papel en la sucesión presidencial, Echeverría no lo creyó así, y atribuyó a su director haber estado del lado de Martínez Manautou, acaso porque algunos de los intelectuales que destaparon a destiempo su candidatura estaban ligados por la amistad con Scherer. Como quiera que sea, no fue fácil el acercamiento entre Echeverría y don Julio, si bien, la retórica del candidato y del Presidente en los dos primeros años persuadieron al Director de *Excélsior* y produjeron un acercamiento entre ambos. La relación, sin embargo, fue siempre ambigua, tensa.

En 1972, por ejemplo, un grupo de importantes anunciantes decretaron un boicot publicitario contra *Excélsior*. La acción empresarial, sin embargo, había tenido su origen en una sugerencia deslizada con malevolencia por el Presidente: ante la queja de los empresarios por la resonancia que recibían en aquel periódico los pronunciamientos más radicales del propio Ejecutivo y de algunos de sus secretarios, Echeverría insinuó: "Bueno, de eso no me hablen



Julio Scherer.

a mí; ¿no acaso lo sostienen ustedes con sus anuncios?". Cuando el boicot empezó a generar estragos en la economía de la cooperativa y en consecuencia a inquietar a los miembros de esa sociedad, Echeverría ofreció su ayuda para paliar el efecto de la acción empresarial, y de ese modo generar en su favor un vínculo de gratitud. Naturalmente, sólo mucho más tarde supieron los responsables de *Excélsior* de la insinuación presidencial y por lo tanto en su momento aceptaron el auxilio ofrecido, si bien se condicionó a que se prestara por medio de las vías publicitarias establecidas.

Tal episodio abrió una etapa de cordialidad y franqueza entre Echeverría y don Julio. A ese periodo corresponde la comida en casa de don Daniel Cosío Villegas reproducida en una de las entregas de *Los presiden-*

tes anticipada la semana anterior en *La jornada*. En esa comida se discutió precisamente la relación entre los presidentes y los intelectuales y entre los presidentes y la prensa. A ese tiempo corresponde, asimismo, un encuentro del que me tocó ser testigo, y que debe haber acontecido hacia mayo de 1974. En ese momento don Julio había concluido los arreglos para viajar a Chile, donde todavía no cumplía un año la dictadura militar y la ferocidad de Pinochet estaba en su apogeo. Nuestro gobierno acababa de romper relaciones con el de Santiago y por ende la presencia de un periodista mexicano allá era riesgosa y podía ser causa de un conflicto internacional, por lo que era prudente que Echeverría estuviese al tanto. El Presidente dio cita a don Julio para poco antes de la 13 horas en Los Pinos. Don Julio me pidió que lo acompañara y con él acudí al encuentro, que estaba programado para durar unos minutos... Y se prolongó hasta casi las veintidós horas, en cuyo lapso comimos, vimos una película y asistimos al encuentro de Echeverría con diversos grupos, como solía hacer con sus visitantes.

La siguiente vez que tuve ocasión de ver juntos a Echeverría y don Julio ocurrió en un ambiente por completo diverso de aquél. Era julio de 1976, unos días después del golpe que había desposeído de la dirección general de *Excélsior* a Scherer. Arreglada por Fernando Benítez, la junta tenía el improbable objetivo de aclarar lo que para nosotros estaba claro y el Presidente negaba: su intervención en el golpe. Vicente Leñero y el propio Benítez han narrado la vehemente dignidad con que don Julio sostuvo ante el Presidente sus posiciones, aun cuando éstas hubieran generado el atropello del que Echeverría, y todos saldríamos tan maltrechos.

Luego don Julio se entendería, ya dirigiendo *Proceso*, con su pariente José López Portillo. A pesar del parentesco el —abuelo materno de Scherer fue don Julio García López Portillo, que presidió la Suprema Corte decenios atrás— el trato entre ambos fue tenso hasta que se rompió: en mayo de 1982, López Portillo sentó la tesis de que no pagaría para que le pegaran, superficial manera de entender la doble relación informativa y publicitaria que se establece entre el gobierno y un órgano de prensa, y ordenó la supresión de anuncios a *Proceso*. Este semanario, sin embargo, apeló a sus lectores para que pagando un precio mayor le permitieran sortear la crisis y lo consiguieron.

De algunos episodios como los aquí recordados, y de otros muchos, seguramente, habla en su nuevo libro don Julio Scherer. Apena que teniendo tanto qué decir, regatee a sus lectores el relato de sus experiencias, que en esta obra aparecen narradas con prosa eficaz y profunda capacidad de reflexión.